17 de noviembre de 2026

SERIE SOBRE LA VIDA ESPIRITUAL

"La primera conversión: de una vida lejos de Dios a su cercanía"

El camino espiritual, es decir, la transformación interior del hombre por medio del Espíritu Santo, permite que la gracia del bautismo se despliegue. A través del bautismo, hemos recibido la luz sobrenatural de Dios, aunque aún no podamos contemplarlo cara a cara como sucederá en la eternidad. Asimismo, el Espíritu de Dios nos fortalece para que, con su ayuda, recuperemos en gran medida el dominio sobre nosotros mismos. Esta es la meta de la ascesis.

La imagen originaria según la cual Dios nos creó se va restableciendo a lo largo del camino espiritual. Y aún más, porque gracias a la obra salvífica de Jesucristo, el Hijo de Dios, podemos llegar a una unión más profunda con Dios que la que era posible en el estado paradisíaco. Así, nuestro Padre Celestial, en su infinito amor, no solo lo restaura todo, sino que hace partícipe de su gloria al hombre caído cuando, mediante el perdón de los pecados y el camino de la santificación, este se ha revestido del traje nupcial que le hace digno de entrar en las «bodas del Cordero» (Ap 19,7). Ya aquí, en la Tierra, podemos pregustar la gloria de Dios, aunque, en comparación con la visión beatífica que disfrutaremos en la eternidad, aquí solo podamos reconocerle «como en un espejo, borrosamente» (1Cor 13,12).

Ahora bien, ¿de qué manera Dios nos transforma?

La primera conversión y el camino a partir de ella

Mientras nuestra vida no corresponda a los mandamientos de Dios, Él nos llamará a la conversión, a la "primera conversión", al encuentro con el Dios vivo y al estado de gracia en la observancia de sus mandamientos. Si respondemos a este llamado, abrazando la fe en Jesucristo y acogiendo su gracia; si nos ponemos en manos de Dios y renunciamos sinceramente a la vida del pecado, empezará para nosotros una vida nueva. Es Dios quien llama y atrae, pero es el hombre quien sigue su llamado y se decide a acoger esta vida. Así, sale de la "vida de la dispersión" y se vuelve hacia Dios; deja atrás una vida de indiferencia y lejanía de Dios a cambio de una vida cerca de Él.

Tras su "primera conversión", el hombre empieza a amar a Dios con su voluntad y a menudo percibe a nivel sentimental la cercanía del Señor. Comienza a relacionar todo con Dios y, con su ayuda, intenta desprenderse del apego a las cosas y de las pasiones que aún

lo dominan. Empieza a leer la Sagrada Escritura, las vidas de los santos y otros libros espirituales; cultiva la oración interior y acude a recibir los sacramentos. Todo esto se convierte en una fuente constante para alimentar y robustecer la vida de la gracia. Las personas que han experimentado una verdadera conversión a menudo son muy fervorosas y arde en ellas el fuego del primer amor.

La gracia santificante, que ya ha sido infundida en el bautismo, comienza a desarrollarse intensamente cuando se la cultiva como es debido. Tras una sincera conversión, no son pocos los que se cuestionan cuál es su vocación y quieren ponerse por completo a disposición de Dios. Aquellos que se encuentran con Jesús, pero aún no han sido bautizados, comienzan a anhelar el bautismo y la comunión con la Iglesia. Además, tienen el gran deseo de transmitir a otras personas la fe que acaban de descubrir y se dedican con fervor a las buenas obras.

Ciertamente, las reacciones de cada persona que ha tenido un encuentro más intenso con el Señor son distintas, pero todos tienen una cosa clara: quieren seguir a Cristo y no abandonarlo nunca más. La decisión crucial de la vida ha sido tomada. Han entrado por la puerta que conduce al Reino de Dios (cf. Jn 10,9).

Si se trata de personas que ya están familiarizadas con la fe gracias a una educación cristiana en el hogar, el encuentro con el Señor supone una especie de «despertar a la fe». Dejan atrás la tibieza y la negligencia para pasar a una vida cristiana firme. No pocas veces, este encuentro decisivo tiene lugar en retiros espirituales, en cursos de profundización de la fe, gracias al testimonio de otras personas, a una buena predicación o a otros caminos que Dios, en su sabiduría, ha diseñado.

Entonces, podemos sintetizarlo de la siguiente manera: en la primera conversión, el amor de Dios nos llama de una vida alejada de Él a su cercanía o nos despierta de una vida de tibieza para seguir decididamente a Cristo. Si respondemos a su llamado, la gracia de Dios comenzará a desplegarse intensamente en nuestro interior. Si seguimos las mociones de su amor, surge el valioso comienzo del camino espiritual. Dios nos atrae hacia sí y nosotros respondemos a su cortejo. Quien haya emprendido seriamente el camino de la fe y haya llegado a conocer a Jesús como el Hijo de Dios sabe quién le ha llamado y a quién tiene el honor de seguir. Solo abandonaría este camino si volviera a caer en el pecado mortal y persistiera en este estado.

Sin embargo, si la conversión no es lo suficientemente profunda y no desemboca en un camino espiritual concreto, es posible que uno vuelva a dejarse llevar por las distracciones, descuide las prácticas religiosas y no resista a las seducciones de una vida mundana. Así, la tibieza vuelve a instalarse en el alma. En este caso, se vuelve mucho más propenso a caer en pecados graves.

La situación es distinta en el caso de las imperfecciones que, a pesar de todos nuestros esfuerzos, seguimos descubriendo en nuestro interior. Es necesario trabajar con perseverancia y tenacidad para superarlas con la ayuda de Dios. Su amor seguirá guiándonos y purificándonos de todo aquello que aún nos separa de Él.

Meditación sobre la lectura del día en el Novus Ordo:
https://es.elijamission.net/las-iglesias-de-sardes-y-laodicea-2/